

Un momento eterno

En una aldea remota vivía un anciano amargado que se llamaba Antonio, encontraba la vida demasiado fugaz y trataba de capturar cada momento que vivía para conservarlos para siempre, pero las imágenes en el papel se deterioraron inevitablemente. Una mañana encontró una caja polvorienta fuera de su puerta. Incluso cuestionó a su vecino, siendo un verdadero chismoso, quien generalmente se jactaba de saberlo todo sobre la gente que no tenía idea de quién trajo esta cajita. El fotógrafo se apresuró a volver a casa antes de que los curiosos tuvieran tiempo de hacer preguntas.

De vuelta a casa, Antonio abrió la caja y encontró una cámara. Era una cámara Polaroid, pero la supuesta parte reveladora de la misma estaba tan mal reparada que las fotos no se podían imprimir. El fotógrafo decidió probar la cámara y lo primero que vio fue a su gato, ya gris por la edad, durmiendo plácidamente sobre su manta. Antonio pensó que llevar a su amigo era una buena idea para guardar algunos recuerdos. A la mañana siguiente, de madrugada, el fotógrafo encontró a su gato, que no había movido un pelo desde el día anterior, muerto en su cesta.

Unas semanas después, el amargado invitó a cenar a los pocos amigos que le quedaban. Uno de sus invitados se fijó en la extraña cámara y preguntó al fotógrafo, que, sin saber qué responder, se ofreció a hacerle una foto. El amigo del fotógrafo posó y el fotógrafo profesional captó la escena. El fotógrafo se acercó a su amigo, pero notó que parecía estar congelado. El resto de sus amigos se acercaron y uno de ellos, siendo médico, le tomó el pulso al hombre y comprobó con horror que estaba muerto. Todos los invitados acusaron al fotógrafo. El fotógrafo, sin entender por qué, tomó por reflejo una foto de la multitud que empezaba a calumniarle. Flash... Se hizo un gran silencio. La asamblea quedó petrificada como una estatua inamovible. Antonio se dio cuenta de que la cámara estaba petrificando las escenas que fotografiaba.

Así que el hombre, que llevaba mucho tiempo obsesionado con la idea de preservar los momentos de la vida, pensó que si fotografiaba su pueblo, este quedaría tal cual para la eternidad. Así que salió de su casa, corrió hacia la colina que dominaba su pueblo y luego petrificó al pueblo volviéndose loco. Fue entonces cuando recordó un lago cercano al pueblo al que solía ir cuando era más joven. La vegetación del agua era tan exuberante que había flores durante todo el año, proporcionando un paisaje espléndido. Sería una pena que este lugar acabara cambiando, pensó el fotógrafo. Decidió ir al lago. Una vez allí, el fotógrafo eligió cuidadosamente el ángulo desde el que sacaría su foto. Decidió destacar la superficie lisa del lago. Se posicionó y, entre dos respiraciones, pulsó el obturador. De repente, sus extremidades, y luego todo su cuerpo, se entumecieron. En su último momento de conciencia, mientras exhalaba su último aliento, se dio cuenta de que el lago, como un enorme espejo, reflejaba su silueta, condenándolo también a permanecer como una estatua por la eternidad.

Sentia Ashwini MANDJINY / Nergiz ALTUNDAS

Elèves de Terminale G2 au Lycée Emilie de Breteuil, Montigny-le-Bretonneux